

## Arte el desnudo

ADOLFO  
CASTAÑO

**H**ubo un tiempo en que Lo Desnudo se paseaba por un jardín, atento a la hermosura de sus árboles y sus frutos, nombrando las cosas y los seres, despreocupado por el aspecto de su cuerpo, la curva de su cadera, el equilibrio de sus piernas o el color de su piel. Sólo un fruto no debía ser cogido, un fruto apetitoso, y, claro está, Lo Desnudo lo comió. Algo especial contenía la pulpa de aquel fruto, porque desde el primer bocado Lo Desnudo advirtió alarmado que estaba desnudo.

Inmediatamente se presentó el rubor, la pudicia dibujó su gesto protector y la vergüenza cerró los ojos temblorosa. Para aquellos seres, hasta entonces, estar desnudo era un estado natural, armonioso, sin ninguna otra connotación; estar desnudo era pura belleza espontánea y duradera.

Cuando Lo Desnudo se cubrió por primera vez con hojas inocentes, alía lejos, en un horizonte de fábula, se dibujó El Desnudo.

Ya sabemos la clase de ciencia que contenían aquellos frutos, ciencia que alteraba el pensar y el sentir, pues desde entonces quien se muestra desnudo piensa primero en su desnudez (también puede

## ARTE

**«Aquellas imágenes, las que se dibujaron en el horizonte de fábula, iban a nacer de un trabajo del hombre, de su capacidad de nombrar, matizar y definir después de haber transgredido; iban a restablecer Lo Desnudo en un nuevo reino, utilizando lo radiante de antaño y lo oscuro de hoy, ambos poseedores de la belleza corporal, creando una forma de arte —ese era el trabajo del hombre—, el Arte del Desnudo.»**

manipularla) y luego siente el embarazo de encontrarse desvestido (también la complacencia).

Aquellas imágenes, las que se dibujaron en el horizonte de fábula, iban a nacer de un trabajo del hombre, de su capacidad de nombrar, matizar y definir después de haber transgredido; iban a restablecer Lo Desnudo en un nuevo reino, utilizando lo radiante de antaño y lo oscuro de hoy, ambos poseedores de la belleza corporal, creando una forma de arte —ese era el trabajo del hombre—, el Arte del Desnudo.

Todavía hoy, realizar un desnudo, mirar un desnudo, produce temor y temblor. Siempre se intenta ocultar el matiz de complacencia que comportan su realización y su visión, los brillos salaces que puede despertar en la mirada —no hay que olvidar que vamos habi-tualmente cubiertos—. Uno de los desnudos más famosos de la historia del Arte, "La Venus del Espejo", seguro que fue pintada en secreto para estar sólo bajo la mirada de su poseedor, quien disfrutaría cuanto le pluguiera de su visión.

En esta escala de temblores y temores, nos encontramos con el temor escandaloso que desató sin duda la galería de mujeres, ojera y luna, medias de seda y guitarra, de Julio Romero de Torres, en las que el lado oscuro de la belleza de mancebía y de corte, no sólo no se ocultaba, sino que exhibía su

invasión declarada del territorio erótico.

También están a la vista de quien quiera ver, las batallas sexuales —que no eróticas— de Egon Schiele. En ellas los cuerpos no se traban, se persiguen mientras retuercen sus perfiles. Y esta trabazón no la produce el dibujo solo, es el color, ese color agriado de deseo, súbito, apresurado, lo que da a sus obras la medida de una temperatura sexual de ninfa y fauno enloquecidos.

Lo sutilmente femenino, ese calor de escote y seno, se hace patente en algún dibujo de Gustav Klimt, por ejemplo en el retrato de Ria Munk, en el que llegamos a percibir hasta su perfume corporal. Klimt, pese a sus oropeles que enturbian la percepción, ordena los gestos de sus seres a partir de una presión amorosa, por ejemplo en El Beso, portadora de sentimientos amorios.

La carne humana, su ebullición, su presencia sin vergüenza, explosiona en los desnudos de Lucien Freud. La visión de sus modelos asusta, por su realidad, por su cercanía inmediata a la caducidad. Amadeo Modigliani, único, irrepetible, consiguió pintar los desnudos más sensuales de su época. Eso sí, los envolvió en un hieratismo que los alejaba tanto de referencias concretas, como de cualquier atisbo de sentimentalidad, incluso de emoción.

**«Picasso no tiembla ni teme. Cruza el tiempo hacia delante o hacia atrás. Realiza a la vez un progreso y una reversión. Cambia las reglas de lo decente y lo indecente en el arte. Suprime lo sentimental, lo erradica de su campo artístico, lo que importa es la expresión. Suprime la referencia particular corporal, la maltrata en ángulos y planos.»**



Guillermo Pérez Villalta consigue que sus hombres desnudos soporten el peso de la terrible pregunta ¿quién soy yo? Esta pregunta pende sobre los trabajos que cumplen, sobre los objetivos que persiguen, sobre las tristezas o las alegrías que experimentan. Es asombrosa la tensión, las tensiones, que acribillan constantemente su estatura.

Picasso no tiembla ni teme. Cruza el tiempo hacia delante o hacia atrás. Realiza a la vez un progreso y una reversión. Cambia las reglas de lo decente y lo indecente en el arte. Suprime lo sentimental, lo erradica de su campo artístico, lo que importa es la expresión. Suprime la referencia particular corporal, la maltrata en ángulos y planos. Los rostros de las señoritas son lisos, vacíos; sus ojos miran fija y directamente, independientes de la orientación del rostro; sus cuerpos están esbozados. Con "Las señoritas de Aviñón" Picasso declara la guerra a la pintura realista, por eso su obra parece inacabada. ¿Retrato, desnudo? Sólo una obra trascendental.